LA HOYA AMAZÓNICA

(Continuación)

ETNOGRAFIA GENERAL

Por: DANIEL ORTEGA RICAURTE
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen III
1936

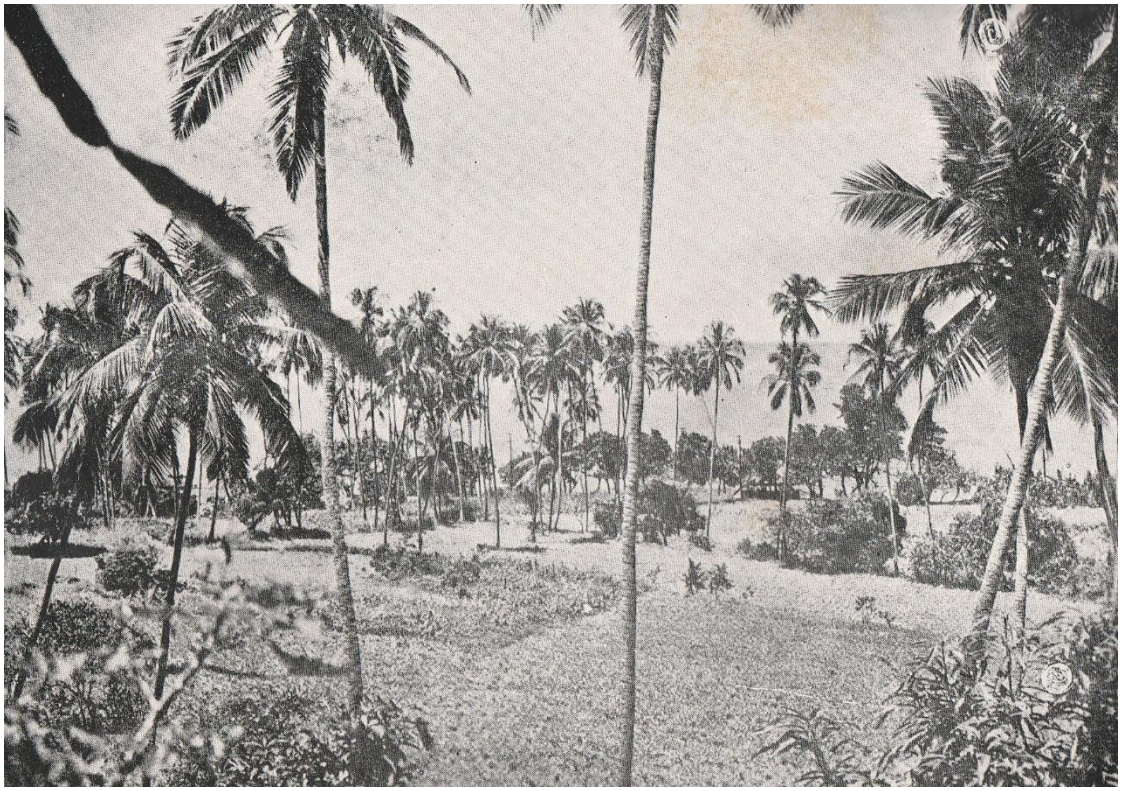
La etnología, si se considera como ciencia comparada, no se ha estudiado suficientemente para la región amazónica y nosotros consideramos muy difícil que ese estudio pueda hacerse ya, en el estado actual de los indígenas, en el que unas familias están mezcladas o influenciadas por otras y con los blancos o los negros; únicamente es posible pretender una relación etnográfica descriptiva, como vamos a hacerlo en el presente estudio, limitándonos en esta parte que se refiere a una visión de conjunto de la hoya, a hablar en general de los grandes grupos etnológicos primitivos y de los actuales habitantes de la Amazonia, y dejaremos los detalles de las diferentes tribus para cuando hablemos de cada una de las regiones en particular.

Dificultad de su estudio

Y consideramos que aun este simple estudio etnográfico se hace cada día más difícil: para un explorador que visite algunas tribus, se hacen inexplicables algunas anomalías que aparecen a su investigación. Hemos leído autores que no aciertan a explicarse, por ejemplo entre los *omaguas* que se comprimían el cráneo se ven cabezas gruesas y rostros redondos, ni la expresión sonriente de algunos individuos de esa familia, que por lo general se caracteriza por su cara agria; buscan inútilmente causas antropológicas o hacen raciocinios inútiles, pero si estudiaran la historia de las misiones de los padres jesuitas de Quito, de principios del siglo XVIII, encontrarían que aquellos religiosos llevaron tribus *cocama* y *cocamilla* de la boca del Huallaga y de la Gran Laguna, los cuales se mezclaron con los omaguas, hecho que explica fácilmente ese fenómeno y el que hoy no exista tal nación de sangre pura.

De igual manera, hay etnógrafos que encuentran inexplicable que algunas tribus del Marañón, de las cuales ya hemos hablado, tengan muy pronunciado el lóbulo de la oreja, pero el relato que hace Marcoy de dos indios orejones que él vio allí llevados por los

misioneros franciscanos del Sarayacu, da la clave suficiente de aquella aparente anomalía.



Un aspecto de la peniclimax de **Cocos nucifera** en el litoral de Venezuela, que comparte conformaciones extensas de **Cereus** y cultivos.

Los *sensis* del Ucayali pertenecieron a los *chetibos*, de los cuales fueron separados en 1810 para la fundación de una de las misiones franciscanas, razón clara de la semejanza o igualdad de dos tribus tan distantes.

De la narración que hace el mismo Marcoy de su interesante viaje por el Marañón y el Ucayali, se desprenden hechos semejantes: indios de unas tribus eran llevados a otras y cruzados, produciéndose esa mezcla de razas que constituye un verdadero rompecabezas para los etnógrafos; *cumbazas y balsanos* con *chetibos, panos* con orejones, etc.

Hay un dato histórico interesante que despeja otra incógnita: de 1791 a 1817, la población formada de indios *iquitos,* de los cuales hablaremos después, vivía hacia el interior en las vertientes de algunas quebradas, pero una conmoción sísmica secó sus manantiales y se vieron sus habitantes obligados a establecerse en la orilla del Amazonas para no morir de sed- Luego, los *iquitos* se mezclaron con *omaguas* y los *cocamas* sus vecinos de la derecha, y con los ticunas, sus vecinos de la izquierda, de manera que después reunieron cuatro castas distintas.

Otra fuente de información para los etnógrafos es la lingüística y en esto también se presentan confusiones, pues el idioma quechua que hablan la mayor parte de los indios de

los Andes peruanos, ecuatorianos y bolivianos y de los ríos orientales ecuatorianos, provienen más de los misioneros que enseñaron la lengua a la mayoría de las tribus que catequizaban, para uniformar el idioma, que de la penetración o influencia de los *incas*. De igual manera, hay pueblos de otras razas que hablan el idioma *tupi,* pero es necesario que los tipos antropológicos determinados coincidan con los grupos lingüísticos conexos y con las afinidades de la sangre.

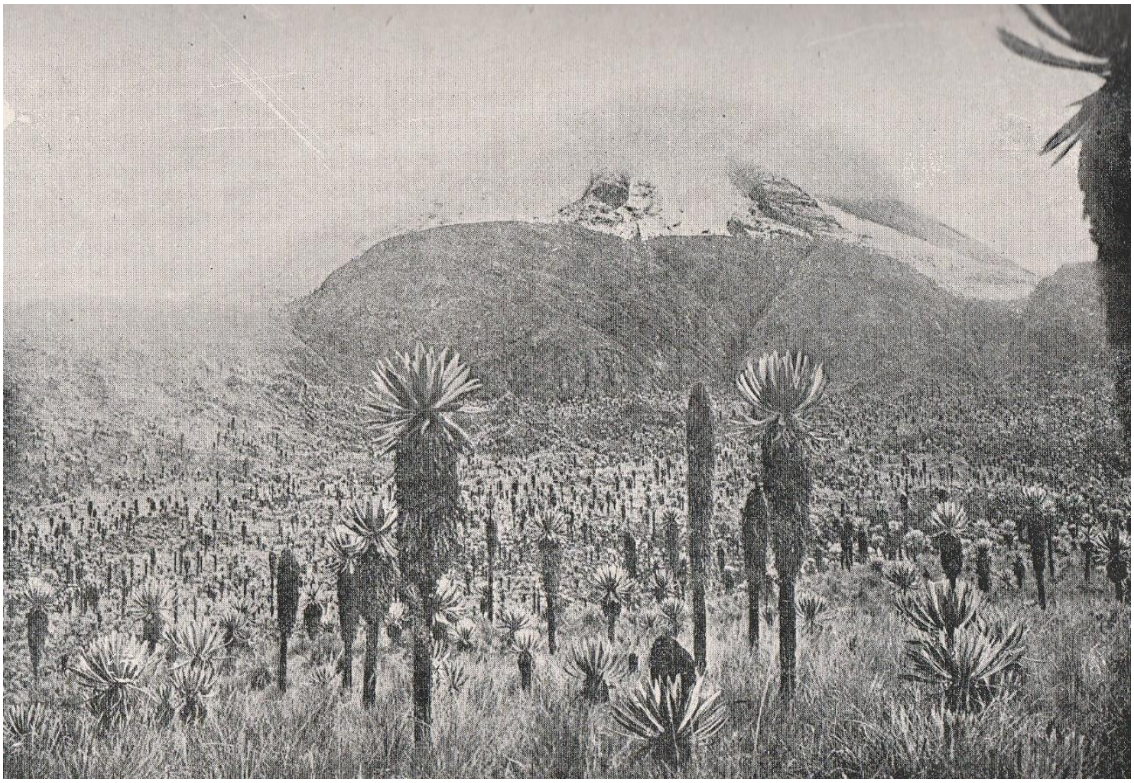
Un escollo, no menor, para los etnógrafos, radica en los nombres dados a muchas tribus por los ríos o quebradas donde habitan, o en la denominación genérica que hace vacilar a los que estudian esta ciencia por relatos de terceros, como es la mayoría; en muchos autores europeos y suramericanos se habla de la tribu de los «chunchos» muy extendida, cuando este es el nombre genérico con que suelen denominar en el Perú a todos los indios, especialmente a los de las sierras y de los ríos que forman el Amazonas. El P. Velasco, ilustre jesuita que recorrió las selvas peruanas en tiempo del Virreinato, encuentra particular que los chunchos de Tarma en la cordillera sean muy diferentes a los del Amazonas. Esas denominaciones erradas se van perpetuando en muchos casos con perjuicio de los estudios etnográficos.

También influyen en la confusión que va acentuándose entre las diferentes razas, familias o tribus, las siguientes : la exogamia, es decir, la ley muy generalizada entre los indígenas que manda a las personas casarse con otra perteneciente a un grupo social o un clan distinto del suyo, institución que tuvo origen en la escasez de mujeres que obligaba a los hombres a buscar sus esposas fuera del grupo, lo que se demuestra por la costumbre del rapto establecido por muchos de los indígenas americanos; y en las tribus totémicas, un hombre no puede casarse con una mujer del mismo «totem»[1]. Esta costumbre que es benéfica como preservativo contra la degeneración, es fuente de error para los estudios etnográficos de los salvajes amazónicos.

La emigración de las tribus, muchas de las cuales son nómades, pues la característica principal del indio amazónico (aunque no es pastor) es el nomadismo; las tribus vagan por la selva sin punto fijo, viviendo aquí y allá, apenas el tiempo necesario para la maduración de sus siembras, la restauración de sus armas y la preparación de provisiones. Algunas tribus ruedan a la más franca degradación: sin casa ni roza, sin ganados ni trabajo; acuáticos, en verano ambulan miserablemente por las playas en busca de tortugas, huevos de gaviotas y camaleones, pero en invierno, sobre balsas desabrigadas van a los ríos y a los lagos en busca de la pesca. Y esa emigración no sólo se realiza por el empuje de los colonizadores y actualmente por las facilidades de las comunicaciones y el barniz de civilización que van adquiriendo, sino que data de los tiempos más remotos, como se comprueba, entre otros, por el testimonio que da Hohermunthvon Speier, quien encontró en el río Guaviare indios que le contaron muchos detalles correctos del imperio del Inca, en donde había estado uno de ellos, y sabía de las llamas y alpacas, allí desconocidas, indicios de que existían algunas relaciones entre el imperio de Manco-Capac y los llanos orientales, a mucho más de mil kilómetros de distancia.

---

[1] Mac Lennan, etnólogo inglés (1827 - 1881), estudió profundamente estos asuntos para las razas europeas y asiáticas



Vista del Nevado del Tolima en su vertiente oriental; extensas faldas cubiertas por un caulirrosuletum-revoluti-graminetosum (3.800-4.300 m. de altura). Asociación **Espeletietum Hartwegianae Calamagrostiosum** (Psicroeolofitia).

Los potes de barro de cuello estrecho, adornados con el rostro humano que aparece en la cerámica de la boca del Amazonas, son iguales a la zona andina, de donde debieron ser llevados con la economía naturalista» de que hablan los alemanes.

Por último, la influencia de las razas blanca y negra. El elemento negro procedente de la costa occidental de África, fue traído a América poco después del descubrimiento, en forma de esclavos para el trabajo, demasiado duro para los indígenas; y con su introducción el mapa etnológico de América se ha complicado notablemente. En la vertiente del Guaporé, a donde llegaban los fugitivos negros de San Paulo, se encuentran indios de nariz chata, labios gruesos, cabello ensortijado, piel negra, es decir, con todos los rasgos de los africanos.

Los blancos, descubridores y colonizadores, entrados en América han tenido gran expansión[2] y aunque los latinos de por sí son débiles han dejado profunda huella; los portugueses en el Brasil y los españoles en el resto de Suramérica. Y el polihibridismo se

[2] En el siglo pasado entraron sólo al Brasil cuatro millones de extranjeros.

debe a su contacto y cruzamiento con los indígenas[3], pues aunque los científicos sostienen, con sobrada razón, que la transmisión hereditaria de las rasgos físicos raciales es el atributo biológico más fundamental y característico de la raza, no es menos cierto que del contacto de los elementos indígenas, negros y blancos entre sí, ha resultado un mestizaje complicado con numerosos grados de cruzamiento que requieren larga nomenclatura; por esa razón, la extensa región bañada por las aguas de los ríos tributarios del Amazonas, está hoy habitada por una escasa y repartida población en extremo variada y compuesta de un conglomerado de razas diferentes, entre las que son principales la blanca y la cobriza, sin que dejen de estar representadas la negra y la amarilla. La raza negra, que no existe pura en ningún lugar del río, está compuesta, como lo hemos dicho, por restos de los antiguos esclavos llevados allí, y su influjo se deja sentir en muchas tribus que de ellas han tomado lo ensortijado del cabello y el grueso de los labios.

En algunas tribus, sobre todo del curso alto del Amazonas, se ve la influencia de los amarillos.

Pero el principal núcleo de población es el de los indios, que ocupan grandes extensiones, muchas de ellas sin explorar, y que se dividen en infinidad de familias con idiomas, mitos, religión y costumbres muy diferentes. En general, los indios son de piel cobriza, fracciones regulares pómulos salientes, pelo negro y grueso, ojos pequeños, pero sin pliegue mogol, barba escasísima o nula, la frente baja, estatura y extremidades cortas. Dentro de esta descripción hay muchas variantes, que veremos después.

De tres razas: americanas, africana e indoeuropea, resultan diversos cruzamientos, en los cuales varía la preponderancia de los tres elementos primitivos o de dos de ellos solamente. Los mestizos no son una raza nueva, no son idénticos entre sí y en sus generaciones sucesivas, no guardan fijeza en el tipo y conservan la tendencia a volver a uno de los primitivos tipos, muchas veces sobre pujándolos.

Del cruce del blanco con el negro resulta el mulato; de cierta belleza por las formas y proporciones, no hereda la fuerte complexión del negro primitivo, pero es en lo general, más inteligente y audaz. Del indio con el blanco nace el llamado *caboclo* en el Brasil y *cholo* en el Perú, de todos los cuales existen varios tipos característicos, en los que influye notablemente el medio geográfico; el *cafuzo*, es hijo de india y negro.

El híbrido entre el blanco y el indio — también llamado mameluco — es, al decir de Agassiz, afeminado, débil, pálido y perezoso, pero el concepto es exagerado.

Los elementos indígenas, refractarios por índole a cualquier sugestión civilizadora, rechazaron al invasor, pero luego aceptaron la convivencia con las razas intrusas.

---

[3] Coudreau encontró en algunas malocas indígenas del norte de la hoya amazónica, algunos indios blancos de ojos azules y cabellos rubios; debido, posiblemente, al contacto con los franceses, ingleses y holandeses de las Guayanas.

En el Amazonas abundan hoy los individuos de las más variadas nacionalidades: desde el turco con su comercio de mil baratijas; que ofrece a cien para dejar a cincuenta, hasta el norteamericano que busca las riquezas del suelo. En Porto Velho, ciudad moderna del río Madeira, el griego habla con el japonés, el americano con el zíngaro, el boliviano con el argentino, el inglés con el búlgaro, etc. El doctor Tanajura, médico de la expedición Rondón, cuenta que, en una ocasión en aquella ciudad en una mesa de veinte cubiertos, se sentaron representantes de dieciocho nacionalidades distintas. Y algo semejante sucede en las ciudades amazónicas.
Como conclusión de lo dicho hasta aquí, puede verse que el indio amazónico no es hoy otra cosa que un desfallecido medio para el tránsito transfusivo de las razas.

ARQUEOLOGÍA

Son relativamente escasos los elementos arqueológicos que sirven para el estudio de los primitivos moradores de la hoya amazónica; pero esos pocos son de gran valor científico e inconfundibles. Más adelante, al hablar de la cerámica, damos cuenta de algunos de los descubrimientos realizados en la cuenca amazónica y aunque no pretendemos entrar a estudiar este importantísimo aspecto científico[4] mencionaremos las fuentes que para ello han servido a los arqueólogos.

El de Cunani descubierto por Coudreu en 1883, con sus urnas antropomorfas guardadas en los hipogeos o sepulturas, semejantes a las empleadas en Europa durante las edades de piedra y de bronce y a las de los antiguos pueblos de México y el Perú. El de Maracá hallado en 1879 donde aparecen en sus pequeñas grutas naturales los primeros tipos cerámicos, híbridos de forma humana y animal. El maravilloso de Pacoval donde se hallaron las admirables *igozabas* y las *tangas*, únicas en su género; en unas y otras es de observarse la ausencia de motivos ornamentales inspirados en las plantas, en las flores, en las hojas y en los frutos: en sus ídolos de barro las figuras humanas aparecen sentadas, de nariz saliente, manos a los costados y piernas cruzadas. El de Camutins, de Marajó, semejante al anterior. El de Santarem donde se vislumbra al hombre primitivo del bajo Amazonas, suministra excelentes cerámicas semejantes a las piezas chinescas antiguas, sin pintura, pero de relieves perfectos, con cabezas de animales trabajadas por otros pueblos anteriores a los actuales. El de Trombetas con artefactos en gran cantidad y perfección; y los de Miracangueira, de los alrededores de Manaos, del río Teffé, del Ñapo y otros bastante importantes.

Las hachas de piedra, los grabados y los ídolos en piedra que representaban su dios y su tótem, reveladores todos de la influencia de unas tribus sobre otras y de la región andina sobre el valle y de la difusión de estilos entre regiones muy distantes.

Los hipogeos señalados por pirámides de piedra y cubiertos con grandes discos de granito,

---

[4] Sobre Arqueología de esta región han escrito: Fernao Cardim, fray Gaspar da Madre Deus, Silvio Frois Abreu, Carlos Ribeiro, Heloisa Torres, Raimundo Lópes. Roquete Pinto, Backheuser. Lacerda, Fereira Pena, Ladislau Neto, Angeyone Costa, Barbosa Rodríguez, Steere, Hartt, Carlos Rath, von Ihering Lerogren, Karl von Kozeritz, Ricardo Krone, Fritz Muller, Ba- tes, Orville Derby, Gilherme Schuch y otros.

que demuestran elevada cultura en sus fabricantes; y por último, las muchas cavernas del Amazonas y de algunos de sus afluentes, dejadas por los antiguos indios.

Cerámica

En la inmensa isla de Marajó de la desembocadura del Amazonas, está el lago de Ariari y dentro de él fue descubierta en 1870 la isla Pacoval de construcción artificial, que constituye un verdadero tesoro arqueológico, estudiado sucesivamente por los sabios arqueólogos Bernard, Hartt, Steere y Pena; cerca a ese lago en el montículo artificial de Camutins y Santa Isabel, se han hecho nuevos maravillosos hallazgos que han servido de base a interesantes estudios y han modificado viejos y arraigados errores sobre la cultura de los primitivos pueblos de aquella región.

El geólogo norteamericano Orville Derby que visitó aquel tesoro en 1876, ratifica el hecho de que esa isla es artificial desde un punto más bajo del nivel de la creciente y cuenta que encontró en ella mucha loza, parte de la cual parecía haber sido abandonada sin cuidado y la otra enterrada a propósito: utensilios domésticos, como potes, urnas funerarias o *igazabas,* vasijas de harina, ollas, ídolos de figura humana, pipas para fumar, etc. Casi todas están ornamentadas con gusto admirable, con figuras pintadas o grabadas de diseños decorativos y raras veces con representación de objetos naturales; figuras en relieve en forma de diversos animales y de hombre, son frecuentes en los bordes y en las asas de las vasijas. Las famosas *igazabas* eran enterradas con especial cuidado y las rodeaban de arena fina mezclada con cascos, ceniza y carbón, llenas de una tierra especial; a veces se encontraban *igazabas* muy ornamentadas, dentro de otras mayores y más sencillas; en ocasiones encontraban en ellas con los huesos de los muertos, algunos objetos que les habían pertenecido.

En el Cunany de la Guayana también se han hecho interesantes hallazgos arqueológicos últimamente y allí se encontraron igualmente *igazabas* de formas muy particulares, cuya presencia indicaban los indios en el terreno por una pirámide cuadrangular truncada, de granito. Dentro de esas urnas se hallaron fragmentos de huesos calcinados; unas tenían forma de barreños con pequeños orificios practicados en el fondo o de bandejas ornamentadas en sus cuatro cantos, de forma de sombrero otras y algunas formadas por dos esferas superpuestas y unidas por un cuello ancho y largo; las más eran potes barrigudos de cuello largo adornados con desproporcionados rostros de indio, brazos y piernas diminutas que salen de la panza y con la curiosidad de que de cada pareja, una tenía orejas perforadas y senos, lo que indicaba que eran destinadas al entierro de las mujeres. Todas estaban ornamentadas con pinturas de variadas formas y gustos.

Al lado de las igazabas, se han encontrado otras piezas de cerámica, no menos interesantes: pipas para fumar, ídolos, urnas antropoformas, potes para agua y platos, todo en variados tamaños y formas y de preciosas ornamentaciones por dentro y por fuera, grabadas unas y pintadas otras, reveladoras de buen gusto. Algunas veces los objetos están provistos de asas y otras carecen de ellas.

Otro objeto curioso son las maracas, instrumentos musicales íntimamente ligados al culto religioso de los tupis, hechas de un calabazo con guijarros dentro, provistas de mango y

adornadas conplumas. Parece que la maraca era un ídolo y los indios creían que cuando eran agitadas, hablaba con ellos un espíritu; eran de los pocos objetos ligados por ese pueblo a su totemismo incipiente. El nombre de este instrumento, considerado hoy como musical en los jazz, proviene del río Maracá que desemboca en la margen derecha del Amazonas, cerca de la isla de Marajó; es, por lo tanto, una expansión cultural mundial de los *guaranis* y su etimología queda así esclarecida.

Pero sin duda ninguna, el objeto más interesante de los usados por aquellos indígenas primitivos era la tanga, artefacto de barro usado por las mujeres como velo de pudor. Son piezas triangulares, ligeramente cóncavas y ricamente ornamentadas, cuyos tres ángulos estaban provistos de pequeños orificios y de una muesca de éstos a los vértices para dar paso a los hilos que los sujetaban. Por algún tiempo dudaron los arqueólogos del objeto de esta curiosa pieza, pero el descubrimiento de un ídolo femenino en Santarem, vino a confirmar la teoría, ya expuesta por Ladislau Neto: era la hoja de parra de las Evas amazónicas.

Las tangas de las mujeres plebeyas eran planas, pintadas de rojo, con poca simetría y fabricadas sin esmero; en cambio, las de las aristócratas eran verdaderas obras de arte, a las que ponían más esmero que a los vasos más ricos, de lados curvilíneos y moldeados para la completa adaptación al objeto a que se les destinaba. Los etnógrafos que han estudiado estos raros artefactos vacilan en si eran adornos para velar su desnudez, o elementos de utilidad higiénica para ciertos casos, o cautela muy explicable en una región infectada de numerosos dípteros, o, en fin, significado de un rito. En todo caso, la pintura en ellas de delicadas miniaturas era esmeradísima y la consideraban como joya de apreciable valor, lo que debía tener alguna noble significación para ellos, dada su correlatividad con el culto del *falo*, caso único de las tribus americanas.

Las urnas del Cunany eran de una arcilla muy fina tenuemente coloreada, con diversos adornos y revestidas con una capa de tinta blanca que les da apariencia de porcelana; semejantes son las de la boca del río Trombetas, pero más ricas en adornos. La locería hallada en el río Maracá representaba figuras humanas y de diversos animales, y a veces las dos simultáneamente en una misma pieza; son de forma tubular, de material inferior a las otras, de superficie áspera y del color natural del barro quemado.

De la inspección de estas obras de cerámica resulta que la región amazónica fue poblada, en otra época remota, por naciones adelantadas y pacíficas — las de los *aruacos* — de modo que cuando allí llegaron las familias etnológicas actuales, el pueblo *tupi* recibió su influencia. Las piezas más acabadas eran elaboradas por los hombres y las más sencillas por las mujeres; aquéllas en figuras estilizadas, en forma austera y con dibujos ideados por la disposición de los tejidos de sus cestas, revelan la expresión de un pensamiento y constituyen el instrumento en que el indio plasmó su primera emoción.

También han observado los arqueólogos la ascensión que el arte cerámica hizo de sur a norte, siguiendo el mismo camino del *tupi-guarani*, hasta alcanzar el extremo de la cuenca, donde se encuentran los modelos superiores. La elegancia del trazo y la riqueza del ornato que descubren el adelanto de Pacoval, son un desarrollo del tipo sencillo de Maracá.

El sabio etnólogo sueco Nordenskiold distingue dos orígenes en la locería de la hoya amazónica, procedente de dos civilizaciones diferentes: la una que efectuaba sus entierros en urnas o cestos y la otra que los enterraba directamente en el suelo.

Origen de las razas

Estudios recientes de varios científicos en antropología, etnología y lingüística, llegan a la conclusión de que el hombre suramericano es de origen malayo-polinesiano y australiano; y aunque esta teoría es, a nuestro entender, discutible, no puede negarse que el nomadismo de que hemos hablado es una prueba de tal afirmación, lo mismo que las observaciones de Ehrenreich que notó la semejanza de las cabezas de los silvícolas amazonenses con las de los mogoles y que los cuerpos acusaban origen caucásico, de modo que no serla extraño que el éxodo milenario de aquellas razas modificara sus condiciones físicas al través de los territorios recorridos.

Autores hay que sostienen que os grupos etnográficos, creadores de la civilización inca-tolteca llegaron a estas selvas donde la propia naturaleza, así en formación, los repelió con sus fuerzas incognoscibles, y que los fundadores del imperio de los nahuas, de cuya raza azteca parece encontrarse vestigios en las tribus mundurucús, quizá retrocedieron ante la orgullosa grandeza del Amazonas.

Los modelos de cerámica e indumentaria, únicos vestigios de un arte perdida aparecen tanto más perfectos y bellos cuanto más anteriores en el tiempo, prueba de que el aborigen amazónico representa el destrozo de una civilización antiquísima, reflorecida por los aztecas que demoraron en México y restaurada por los incas que se detuvieron en el Perú.

El doctor Sampaio los trae del Darién, de Florida y del valle del Mississippi.

Los descubridores que llegaron a América con Colón y con Cabral, tuvieron una gran sorpresa con los pueblos que aquí encontraron, pero no se preocuparon por estudiarlos ni por averiguar su genealogía, sus creencias, su idioma, etc.: venían sólo en pos del oro y del deseo de conquista. Fueron los jesuitas los primeros que vieron en el habitante del nuevo Continente, una criatura humana en condiciones de interesar a los demás hombres; ellos los observaron y en sus crónicas se encuentran datos preciosos, para saber de sus costumbres y del grado de cultura que habían alcanzado; pero sus descripciones son imperfectas y no son fundamento firme para esta clase de investigaciones. Sólo el tiempo, los frecuentes viajes de los sabios y el adelanto moderno de estas ciencias, han permitido avanzar hoy en esa investigación tan interesante como complicada.

No pretendemos, pues, realizar ese estudio del origen cierto de las razas americanas, problema éste aún por resolver[5]. Bástenos decir que está demostrado con documentos de

---

[5] Todavía se haya perdido en las selvas amazónicas el intrépido coronel del ejército inglés, Fawcett, quien vino en busca de las Atlántidas, cuya maravillosa civilización — decía él — floreció hace once mil años

valor y por eruditos arqueólogos, que la población de estos territorios data de tiempos muy remotos, indudablemente anteriores a los históricos.

Pero lo que sí es indudable, es la decadencia de las razas de América, como se testifica con los cementerios salvajes donde se ve la gradación de la escala, desde la elevada civilización hasta la barbarie: cuanto más profunda es la capa terrestre donde se halla enterrada la urna funeraria, tanto más bella es su obra; este fenómeno se evidencia también en los hipogeos de la isla de Pacoval, lo que prueba la regresión de los indios que la edificaron.

Martius en sus inducciones científicas analiza las causas de la degradación de las razas americanas y pronostica su inminente y total aniquilamiento; más, sin olvidar la supremacía de las condiciones geográficas, opinó que la sofocadora exuberancia de las selvas hórridas del Orinoco y del Amazonas absorbería toda la actividad humana y acarrearía el creciente retroceso de los pueblos esparcidos por las regiones bañadas por esas vertientes. Esta predicción hecha por el gran naturalista alemán hace más de un siglo, se va confirmando cada día más.

Cultura antigua

La cultura de las distintas familias aborígenes era muy semejante y como los conquistadores y cronistas no distinguían las razas ni familias, vamos a dar una breve idea de esa cultura y de las costumbres de las tribus precolombinas, las que se refieren principalmente a los tupí-guaraní.

Aparte de las manifestaciones artísticas de la isla de Marajó, no aparece en tan dilatada región ninguna otra de importancia: talvez, como lo anota Angyme Costa, porque para el indio amazónico «todo en torno de él era grande, y su propia morada tenía proporciones de catedral» o también, porque todo lo tenía y no necesitaba crear nada; de las ramas que estaban a su alcance, construía su casa; de las aves que cazaba, tomaba las plumas que le servían del mejor adorno; de ciertos frutos extraía el tinte para la pintura de su cuerpo; el algodón y las fibras vegetales le daban materia prima para sus hamacas; su alimentación se la proporcionaban los frutos dorados de los árboles, los sabrosos peces del río y los ricos productos de la selva; sus caminos eran los ríos y como complemento, no tenía piedra e ignoraba los metales.

Su organización era sencilla: cada nación se componía de un cierto número de tribus afines por el parentesco, la amistad y la conveniencia de la defensa mutua; la tribu constituía una aldea con una o varias tabas, cada una de las cuales contaba de 50 a 100 familias; cuando el indio se casaba, se iba a vivir con el suegro, formando así un nuevo lazo de unión entre las tribus. Para las guerras contaban con la defensa de los pueblos amigos, y los hombres de las varias aldeas se aprestaban para la lucha, lucha que era de exterminio y sólo terminaba con la extinción completa de uno de los dos bandos.

El más venerable de los indios era el jefe de todos; pero la justicia la ejercía con poder soberano una asamblea de los principales de las distintas tabas; tenían establecido el derecho con relación a la propiedad de las personas o de las tribus, la designación de jefe

para las guerras, la educación de los hijos, la emancipación de las hijas y los matrimonios.

Sufrían de pocas enfermedades, pero la rica flora de la región les suministraba los elementos curativos que necesitaban, muchos de los cuales están hoy admitidos por la farmacopea mundial, como la quina; y aunque los cronistas relatan muchos de sus remedios y métodos curativos, sólo anotamos, por parecemos interesantes o curiosos, los siguientes: los lavados intestinales, de uso general en la medicina de todo el mundo, son invento indígena y de las tribus americanas los tomaron los conquistadores; los fuertes dolores de cabeza los trataban con incisiones en la frente o en las piernas de los niños. El tratamiento que dispensaban a los heridos graves en la guerra es en extremo interesante: extendían al enfermo sobre una reja de palos, debajo de la cual atizaban el fuego; el paciente era colocado con las heridas para el lado del calor de las brasas, con lo que perdía rápidamente la sangre infectada; luego, lo retiraban de la reja y le aplicaban sobre la herida jugo de ciertas hierbas y quedaba sano en pocos días.

Tenían alguna idea del comercio, la que se les desarrolló con la llegada de los blancos, con quienes cambiaban continuamente los frutos de la región; más para pagarse unos con otros se valían del vino o de la chicha: cuando necesitaban ayuda para sus rozas, fabricaban chicha, llamaban a sus vecinos quienes les trabajaban 10 horas seguidas y se retiraban felices a sus viviendas a tomarse el fruto de su labor.

Sus casas (ocas) de forma rectangular, y en los altos ríos del Amazonas circular, daban albergue a una familia; y en las tabas se reunían las varias ocas con cierta simetría, rodeadas por grandes palizadas circulares con oficio de trincheras o fortificaciones; algunas tribus construían, además, fosos cuyos fondos llenaban de espinas, los que atravesaban por puentes de tablas que retiraban por las noches; en el centro estaba el espacio llamado *ocara*, donde celebraban las fiestas. Sus únicos muebles eran la hamaca, un tronco para sentarse, una estera para los niños y las vasijas de barro; y sobre palos que formaban el cielo raso, estaba la despensa.

Dado su hábito guerrero, los hombres se daban a la fabricación esmerada de sus armas: arcos de madera muy resistente, flechas de bambú, lanzas, macanas afiladas, tambores de tronco ahuecado, escudos de concha de tortuga, carcajes y mazas para el sacrificio de los prisioneros.

En la paz fabricaban sus adornos, tembetás, zarcillos, pulseras, collares, etc. de huesos, de resina, de plumas; son famosas sus jangadas, balsas y canoas hasta de 15 y 20 metros de longitud, algunas con velas de estera de juncos, y sus balsas pequeñas de cuero de tapir para atravesar los ríos; las mujeres tejían unas telas de fibra, hamacas, esteras y cestos de variadísimas formas y tamaños.

Los tupis eran pródigos en fiestas: día de bodas, entrada del joven a la vida de tribu, vuelta de un jefe después de largo viaje, proclamación de un nuevo cacique, pubertad de las mujeres. Este último hecho del paso de una niña a mujer,-es celebrado de distintas maneras en la mayor parte de las tribus indígenas de América; entre los tupís las ceremonias eran las siguientes: a la primera manifestación de pubertad, la niña era izada dentro de un cesto a la cumbre del rancho, donde permanecía en absoluto ayuno e inmovilizada por algunos

días; después la bajaban entumida y aniquilada de hambre, pero convencida por las viejas de que si no se hubieran sometido a este tratamiento, jamás habría tenido buenos colores, serían enfermas y feas y sin posibilidad de encontrar marido. Oh universal vanidad femenina!

Usaban estos indios la depilación general, excepto la cabeza, y practicaban la deformación corporal como objetivo estético; al tratar de los omaguas, una de las principales tribus tupís, hablaremos de la compresión de la cabeza de estas tribus.

Su dios, además del tótem, era el Tupá, personificado en el rayo y en el fuego; éste era conservado noche y día sin apagarse, velando por él el más viejo de la tribu, mientras narraba historias a los jóvenes.

Se levantaban muy temprano, aunque no tuvieran oficio que hacer, tomaban inmediatamente el baño en la quebrada o río más cercano; comían día y noche, de todo y a toda hora, pero les era exigido el más absoluto silencio durante la comida, que consistía en caza sin desollar (tan sólo pelaban los animales en agua caliente) y pesca sin escamar, con vísceras y todo. Se embriagaban en sus fiestas y cometían los más increíbles excesos.

De la lectura de las relaciones que hacen los cronistas, deducimos que a medida que los tupis subían la hoya amazónica, su civilización material mejoraba y de ahí la discrepancia que se nota entre los que observaron las tribus del sur y los que hablan de las del norte; por ejemplo, las mujeres del sur usaban un rectángulo de algodón (chiripá) para cubrir las partes sexuales, más al norte tenían también camisas que les cubrían los hombros, después las camisas descendían hasta los pechos y siguiendo el ascenso al norte, esa camisa les llegaba más abajo de la cintura. En locería también se nota ese avance, aunque algunos creen que la primera era fabricada por las esclavas tomadas prisioneras en sus guerras.

Cuando salían de cacería, los hombres iban adelante con las armas y utensilios de trabajo y seguíanlos las mujeres con los hijos acuestas y el fiambre; tenían los sentidos altamente aguzados y eran diestros, valientes y resistentes a las caminadas.

Un aspecto muy interesante y curioso de su organización nos lo refiere Eliseo Reclus así: «Para mantener orden en las familias fundaron una institución especial, que es única en el mundo: nombraban un marido de las viudas, mantenido a costa de la comunidad, y dispensado de todo trabajo, de todas las fatigas, de las guerras y de las expediciones, en que sus compañeros toman parte».

Los *tupís* se casaban con una o varias mujeres, pero cada una disponía de su propio fuego en la oca y de su plantación de raíces; la esposa más vieja disponía de autoridad sobre las otras y sobre los hijos de todas. En algunas tribus los jóvenes sólo se casaban después de haber tomado parte en una guerra o hecho un prisionero, pues antes no se les consideraba aptos para la responsabilidad de tener mujer.

El matrimonio era contratado entre los padres cuando los hijos estaban aún pequeños y para la celebración de la ceremonia se hacían grandes fiestas que duraban semanas enteras.

En el momento en que la niña llegaba a la nubilidad, los padres le cortaban el cabello de la cabeza y le rayaban las espaldas, los senos, los cuadriles y el vientre con marcas especiales, trazadas con una espina afilada de urucú, sobre las cuales derramaban tinta de *genípapo;* le ponían al cuello collares de dientes de animales feroces, y una vez crecido el cabello y cicatrizadas las heridas, se la entregaban al marido. Las ceremonias prenupciales y las fiestas de los esponsales eran curiosas, pero no es oportuno que las describamos, ya que los misioneros jesuitas, a cuya cabeza estaba el beato padre Anchieta[6] fueron corrigiendo poco a poco muchas de sus aberraciones[7].

Familias amazónicas

Antes de hablar de las distintas familias etnográficas, nos parece oportuno llamar la atención hacia la denominación impropia aunque muy frecuente, usada por algunos científicos que hablan de la raza americana; lo mismo que nos parece inadecuado el nombre uniforme de raza blanca — como lo hacen la mayor parte de los etnólogos y antropólogos — pues es totalmente distinto un tipo alemán, verbi gracia, de cabellos rubios, tez blanca, ojos azules, dolicocéfalo[8] de lm71 de estatura media, poderosa armadura osteológica y reactividad lenta, de un español, demos por caso, de lm60 de altura, trigueño, ojos y cabellos negros, reactividad pronta, etc.

Es indudable que en la época del descubrimiento todas las tribus amazónicas se encontraban en la época del neolítico; la corriente atlántica se hallaba ocupada por cuatro grandes familias etnológicas: *tupí-guaraní*, *ges*, *caribes* y *aruacos*. (El etnólogo Markham las divide en tres: tupi o guaraní, *omaguas* y *panos*, pero olvida que los omaguas son de origen tupí; y Martius cree que el caribe es una rama del *tupí*).

En el alto Amazonas se reunía una cantidad enorme de pueblos, entre los que sobresalen el *tucano* y el vano y en la parte oriental de Bolivia, cuyos primitivos pueblos prehistóricos se extinguieron, sobresalían los chiquitos donde hoy domina el *aimará-quechua*. En la vertiente del Pacífico, después de los chibchas se hallaban los *quechuas* y *aimarás* de elevada civilización.

Describiremos cada una de estas cuatro familias.

TUPI. — Los *tupi-guaraní*[9] formaban un grupo, quizá el más extendido del Continente, de cultura adelantada, aunque muy inferior a la de los incas; se expandieron del sur hacia el norte y repelieron a los *ges*, por ellos llamados *tapuyas* o bárbaros; se extendía esta taza desde la Guayana francesa hasta el río Paraná, incluso casi todo el Brasil occidental, con ramales que llegaban hasta cerca de los Andes.

---

[6] Las narraciones de este padre, que floreció en el siglo XVI, son interesantes y contienen muchos datos sobre las tribus indígenas del Brasil y sobre su catequización. Se adelanta su proceso de beatificación.

[7] Para estos indios el padre es un agente de la simiente y la madre sólo es un «saco»

8 Mayor longitud en anchura de cabeza.

9 Guaraní es palabra que en aimará y quechua significa tapa-rabo.

Desde su sede principal en el alto Paraguay, en la época precolombina, emigran en todas direcciones, y en el siglo XVII los portugueses los repelieron hacia el norte donde dominaban los *ges,* más belicosos y numéricamente más fuertes; a su vez, los españoles en sus expediciones del Paraguay para arriba, los empujaron hacia el noreste para el actual territorio boliviano; el camino de las emigraciones *tupís* fue el río Tapajoz y en los tiempos actuales van reinmigrando por el Xingú hacia arriba.

En su ascensión, el pueblo tupi vino a estacionarse de preferencia en la Amazonia: la grandeza de la planicie los dominó y se localizaron en las márgenes de sus ríos rumorosos, en sus pintorescas islas, en sus lagos seductores y a la vera de sus cascadas.

Formaban un gran pueblo con lengua propia, de la cual se derivan varios dialectos que mencionaremos en sus respectivos lugares[10] y se dividían en muchas tribus agrupadas en clanes independientes; se dedicaban a la caza y a la pesca por el sistema del envenenamiento de las aguas y en pequeña escala a la agricultura. Sus casas eran de construcción ligera, generalmente comunales en forma de colmenas y la mayoría de ellos iban completamente desnudos; su piel de color cobrizo, su pelo fuerte y negro de ébano, sus ojos negros horizontales, su frente baja y ancha, de estatura mediana, constitución fuerte, pecho ancho y extremidades pequeñas. Usan casi todos los tembetá, disco de madera o piedra que se introducen en el labio inferior; son generales los tatuajes, entre los que sobresalen los de los mundurucús que se tatúan series de líneas paralelas valiéndose de una especie de peine; usan como adorno los colgantes de todas clases, especialmente plumas, son muy aficionados al tabaco que fuman en pipa mezclado con otras hierbas y que usan también en forma de rapé. Son expertos navegantes y pueden considerarse como los inventores de la balsa o jangada.

Todavía fabrican las *igazabas c*on una pericia extraordinaria y otras piezas de loza de barro platos (*durapes*), tazas (*gomeras*) y ollas (*igazarús)*, éstas últimas de barro mezclado con ceniza; y sus instrumentos musicales: *inubias, borés* y maracas que utilizan para sus bailes; también tejen hamacas y redes de fibra, de bella y resistente malla.

El jefe de la tribu es el *morubixaba*; su religión es animista entierran a sus muertos en urnas, son por lo general guerreros y su arma favorita es la lanza con punta de bambú. Practican la curiosa costumbre de la covada que consiste en permanecer el padre durante cierto tiempo en el mismo lecho que ocupan la madre y el recién nacido, o acostarse el padre con el hijo, guardando dieta, mientras la reciente madre atiende a los menesteres del hogar.

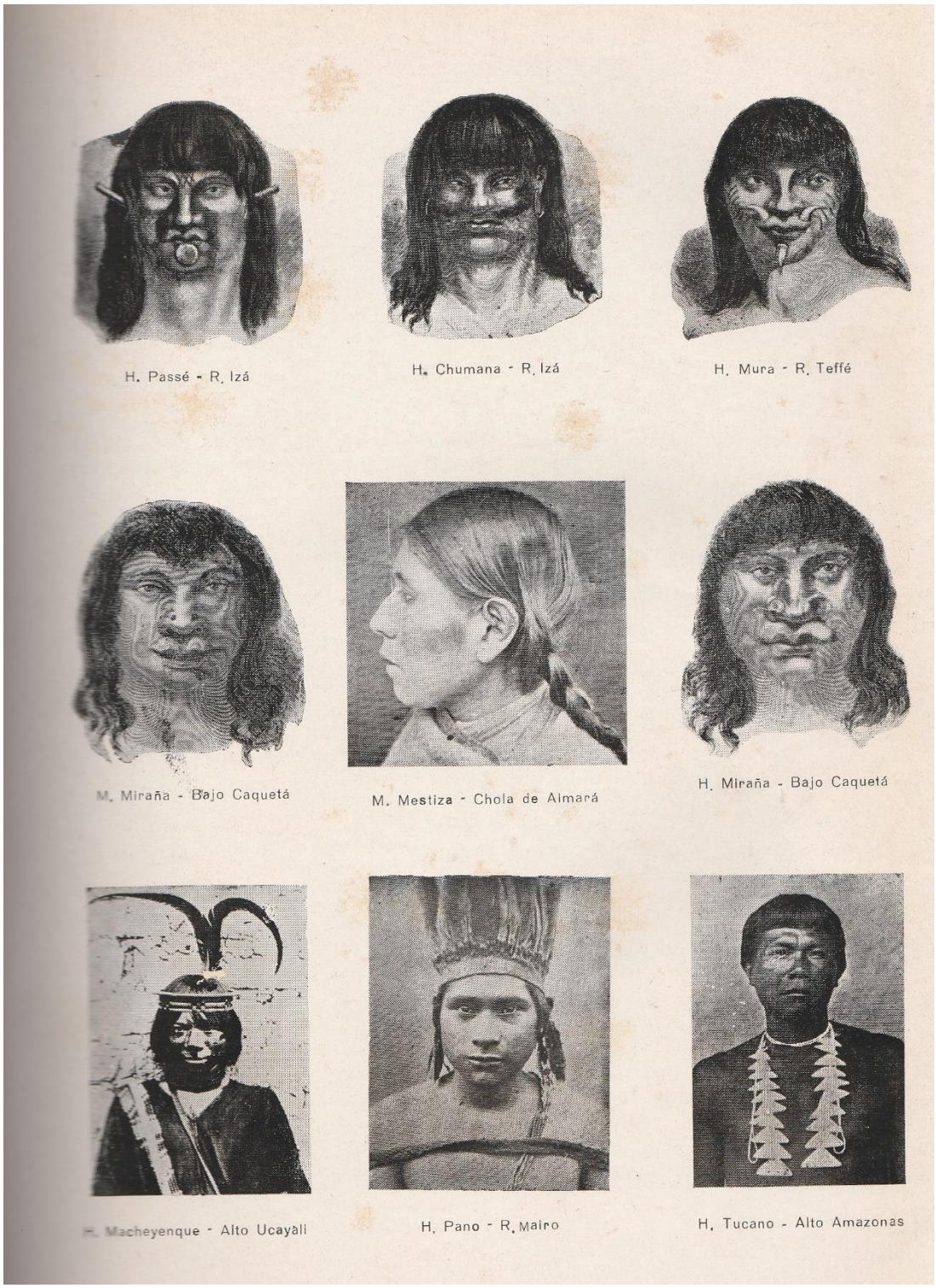
Dicen que estos indios eran antropófagos y cuentan que a los prisioneros los casaban con sus mujeres antes de comérselos y que más tarde se comían a los hijos, frutos de esas uniones. Ya diremos algunas palabras sobre la antropofagia.

Estas tribus se cruzaron con los portugueses, dando origen a los llamados mamelucos; por esta razón, la raza tupí del alto Amazonas, del bajo Tapajoz y del oriente del Madeira central,

---

10 Los misioneros jesuitas publicaron diccionarios» vocabularios y un catecismo en guaraní

no se encuentra ya pura; aunque en el bajo Tocantins y en el alto Tapajoz se encuentran algunas tribus de raza *tupi* pura.



ARUACOS. — Es una familia también bastante extendida en América y de las más interesantes del pueblo prehistórico; vivieron desde la costa de Venezuela hasta el Paraguay; fueron los únicos dueños y primeros pobladores de la hoya amazónica antes de la llegada de los tupi-guaraní, ocupando la mayor área continental hasta las Antillas en donde los encontró Colón, a quien se quejaron de los caribes que les robaban sus mujeres. En esa hoya ocupan hoy la cuenca del bajo Rio Negro en la Guayana brasileña, gran parte de la de los ríos Juruá y Purús, el Vaupés y una porción del territorio comprendido entre el Xingú y el Guaporé; la costa de las Guayanas hasta la desembocadura del Amazonas está en la actualidad habitada por los aruacos. Los campas, antis y macheyengues, de que hablamos al tratar del Ucayali, son aruacos, que perseguidos por los caribes se extendieron hasta las faldas andinas del Perú y Bolivia. En la isla de Marajó en la boca del Amazonas, se han extinguido ya; pero de las cuatro razas fue la que más se extendió, y su lengua, la más antigua, es la que mayores variaciones idiomáticas ofrece.

Los artefactos de la isla de Pacoval de que hemos hablado, fueron elaborados por las tribus de los primitivos aruacos, pues cuando los iupi-guarani llegaron a la margen izquierda del Amazonas, encontraron en el norte al caribe que les impidió el paso.

Tienen algunas marcadas diferencias las tribus del norte y las del sur, pero en lo general su cara es ancha y sus ojos oblicuos, cabellos ondulados y rizados en su mayoría, piel más clara que la de los caribes y algunas tribus — especialmente los passés — presentan características notablemente semejantes a la raza caucásica.

En lo general son cazadores y pescadores, atraviesan en busca de su presa las interminables selvas y cruzan con sus canoas de corteza los imponentes ríos.

Su traje es en extremo reducido, pero los adornos de toda clase son numerosos: dientes de animales feroces, huesos, semillas de frutas, alas de coleópteros, y sobre todo vistosas plumas de aves; se pintan el cuerpo con el fin de protegerlo contra los insectos, pero lo hacen con motivos decorativos que aplican con una especie de sellos de madera y el tatuaje que es general en ellos varía en su forma para cada tribu con el fin de distinguirse.

Construyen sus habitaciones sobre montículos separados de la orilla de los ríos para escapar de las inundaciones, la mayoría en chozas separadas, pero tienen algunas casas comunales en donde vive todo un clan.

Elemento esencialísimo en sus casas es la hamaca, originaria de esta raza, la que fabrican de fibras de palma. Son sus inventores, lo mismo que del tabaco y del maíz, por lo cual puede decirse que su cultura ha tenido influencia mundial.

Para los cultivos talan la selva, corlan los árboles con hachas de piedra y después los queman; cultivan principalmente la yuca o mandioca, el maíz y el tabaco. Algunas tribus tienen domesticado el perro, pero otras no lo conocen; para la cacería usan el arco y la cerbatana de cuatro metros de longitud; las flechas tienen la punta de madera dura y varían en su forma según se trate de la caza de animales grandes, de pequeños o de pesca, las cuales envenenan poco antes de usarlas.

Comen la carne asada de tortuga y de caimán principalmente, y por la carencia de sal la preparan con ciertas cenizas y arcillas saladas, toman chicha de yuca, mastican la coca y toman en forma de rapé el pericá que les produce éxtasis y embriaguez.

Son maestros en los tejidos, los cuales fabrican en telares circulares que suministran la tela en forma tubular; elaboran cestos de toda clase y recipientes de complicada y artística trabazón y su cerámica, la mejor de todas y la que ha demostrado el adelanto de su cultura artística, es decorada con motivos geométricos y con barniz brillante.

Eran muy diestros en la apertura de canales de unión entre los ríos y parece que a ellos se debe el brazo Casiquiare que une el Río Negro con el Orinoco, del cual hablaremos a su tiempo.

Sus clanes son totémicos y practican la exogamia y el matriarcado con el objeto de extender su dominio; es curiosísima costumbre de algunas de sus tribus, la de tener cada hombre dos mujeres, una vieja y otra joven.

También practican la covada, pero ayunando el padre y sufriendo azotes y sangrías para no perjudicar al recién nacido. Al llegar a la pubertad se hace pasar a los jóvenes de ambos sexos por una serie de duras pruebas, como sufrir las picaduras de hormigas y de avispas.

Existe entre los aruacos la esclavitud. Su religión consiste en el animismo y la magia; creen en la existencia de varias almas; la del difunto es peligrosa para los vivos y se defienden de su venganza congraciándose con ella por medio de la danza *macuarí*, en la que los participantes provistos de látigos se azotan sin piedad.

Los entierros los hacen en fosas, envuelto el cadáver en su hamaca y como única expresión de pesar se cortan el pelo, se pintan la cara de negro y lloran durante un día.

Hoy se hallan estos indios en su mayor parte semicivilizados y la influencia del blanco los ha vestido.

Las danzas se realizan con carácter mágico, provistos de máscaras de corteza que representan animales y demonios, simulan escenas de caza, de pesca y de guerra; van acompañadas de libaciones de *paivari* y los hombres llevan bastantes adornos.

Entre los juegos, el más difundido es el de la pelota de caucho o de hojas de maíz, que se juega con el hombro, la cadera, el pie o las manos.

CARIBES. — Américo Vespucio dice que caribe (hombre sabio) era la denominación que daban los indios a los primeros descubridores de América, nombre que por tradición conservaron las tribus parias. Nosotros nos inclinamos a creer que su etimología es la cara-iba que significa hombre extranjero. (La terminación de muchas palabras en are es caribe y se traduce por lugar o sitio).

Los legítimos caribes proceden originariamente de la región de Mato Grosso de donde avanzaron gradualmente de sur a norte hasta las Guayarías, Venezuela y las Antillas,

desalojando a los aruacos; varios etnógrafos les señalan su cuna en las Antillas; constituían una poderosa familia, guerrera y nómade, en lucha constante contra sus enemigos; con sus veloces piraguas sembraban el terror en el mar, que por su fama llevó el nombre de «Caribe».

Habita esta raza en la región de los montes Roroima de la Guayana brasileña; en el bajo Río Branco y en el Río Negro y hacia la desembocadura del Amazonas, se ven algunas tribus de esta gran familia etnológica; también se encuentran tribus pertenecientes a ella, en el Vaupés y el Caquetá, en ambas márgenes del Ñapo, entre el bajo Purús y el Madeira y en los altos Tapajoz y Xingú. Hoy forman más de cien tribus distintas.

En lo general son de color poco subido y baja estatura, pero su tipo físico varía considerablemente de unos territorios a otros; generalmente sus rasgos son suaves, abundan los cabellos lisos y la nariz ancha, miembros robustos, obesos, cara redondeada y ojos pequeños y negros.

Practicaban el rapto de las mujeres, especialmente de los aruacos, lo que explica las diferencias tan notables en sus tribus; dejaron vestigios etnológicos en las tribus arucuyanas del sur del Tumuc-Humac (Guayana), lo mismo que en los *pianocoto* del río Trombetas y en los *crichanás* del alto Río Negro.

Abundan las casas de clan, grandes y circulares, techos de palmera y poste central; usan la hamaca de algodón o de fibra. Su vestido es limitadísimo, reducido a un delantal; son muy limpios y se bañan siempre después de la comida.

Muy típica es en ellos la deformación que se hacen por medio de fajas de algodón que oprimen brazos y piernas bajo las rodillas y en el muslo; también usan corsés de corteza que les oprimen completamente el tronco. Su tatuaje es escaso y se limita por lo común a pequeñas marcas junto a la boca o en los brazos. Usan variados colgantes de la nariz y su adorno favorito lo constituyen las plumas, en diversas partes y de variadas disposiciones.

Usan el hacha de piedra pulida y las mazas de madera, y la mayor parte de ellos desconocían las flechas y la cerbatana. Son expertos constructores de grandes canoas.

Es la familia más feroz de todas.

Aficionados al canto y a la música, bailan danzas en las que mitán a sus totémicos. Creen en muchas almas, son magos y sus cadáveres son cremados ceremonialmente. Cuentan el tiempo por lunaciones y observan también las estrellas.

Rarísimo es el caso de estas tribus caribes que desconocían por completo las bebidas espirituosas.

Hoy quedan muy pocos individuos de raza pura; la tribu de los *baicaris,* que vive aislada en las cabeceras del Xingú está formada por los representantes más puros de esa importante familia; viven en plena regresión, no acusan ninguna influencia extraña, aunque están rodeados de muchas tribus de nivel social superior al de ellas.

GES O GUES. — El dominio de los *ges* en la cuenca amazónica limitado a la parte de la meseta brasileña del Xingú y del Tocantins hacia donde se replegaron después de oponer gran resistencia a la colonización de fin del siglo XVIII; son los más escasos y también los más primitivos de las agrupaciones que hemos venido describiendo. En otro tiempo fueron los dueños de la Amazonia, antes de los *aruacos* y de los tupis; pero fueron desalojados de este a oeste hasta las márgenes del Xingú.

Son muy delicocéfalos, leptorrinos[11], mandíbula inferior robusta, prógnatas[12], muy reducida capacidad craneana, estatura baja, cuerpo abultado y extremidades delgadas.

Su lengua es de fonética difícil y tiende a las formas aisladas en lugar de la aglutinación. El predominio de la letra G en su idioma, es el origen del nombre con que los señalaron sus descubridores.

Culturalmente ofrecen estos indios contraste con los demás pueblos amazónicos pues algunas de las tribus ges no han llegado aún a la edad de piedra; son cazadores con arco o con propulsor, no se dedican a la pesca e ignoran totalmente la agricultura. El arco es de gran tamaño, hasta de tres metros y sus flechas tienen las puntas de bambú o de hueso. Completan su alimentación con la recolección que hacen las mujeres de ranas, serpientes, lagartos, larvas de coleópteros — de las que son muy golosos — raíces y frutas silvestres. Emplean el asador o la cocción en las cenizas o sobre piedras calientes y comen con verdadera gula cuando la caza es abundante, sin cuidarse siquiera de limpiarla.

Tan primitiva como la alimentación es la casa: un sencillo cobertizo de estacas y de hojas; no conocen la hamaca y duermen sobre una plataforma de madera; el vestido se reduce a una angosta faja de corteza, no se tatúan y se pintan muy poco. En cambio, se adornan con profusión: son característicos en ellos los botoques o discos de madera u otras materias como hojas de palma arrolladas, hasta de seis centímetros de diámetro, que colocan en orejas y labios, deformándolos y horadándolos. No construyen canoas e ignoran la navegación, quizás porque los ríos de su territorio tienen muchos rápidos, pero son excelentes nadadores. Desconocen por completo la cerámica y el tejido y sus vasijas son los calabazos; en cambio, sobresalen en la cestería.

Los ges fueron más adelantados que hoy, pues estaban a la altura de los *tupis* y más aún en las industrias domésticas, ya que fabricaban útiles y bellos instrumentos de piedra, hachas de media luna, adornos de piedras finas de varios colores, buenos tejidos de fibra de ortiga labrados con primor y dejaron, además, inscripciones grabadas en las rocas escogidas para sus necrópolis; algunas tribus como las *maracás* fueron hábiles agricultores y otras ceramistas famosos y magníficos olleros; pero sucumbieron al golpe de las guerras

Hoy su única cultura, digna en atención, por cuanto no la conocen ninguna de las otras tribus suramericanas, es la fabricación de antorchas vegetales cubiertas de cera.

---

[11] De nariz larga y estrecha

[12] Mandíbulas salientes

Practicaban la monogamia, pero el matrimonio no era permanente. La guerra se reduce a un duelo entre representantes de los grupos contendores.

La covada es costumbre muy generalizada en la mayoría de las tribus americanas, si bien de diferentes maneras; la han estudiado Schuller, Metraux, Costa y otros etnólogos, pero como lecturas interesantes y amenas hallamos los relatos de Cardim y de Brandonio, cronistas de los siglos XVI Y XVII[13]; cuentan ellos que en el momento de nacer una criatura, el marido ocupa la red o ini que debía servir a la mujer, mientras ésta va al río a bañarse y a bañar a su hijo; después vuelve la madre a la casa a sus trabajos domésticos habituales, complicados entonces con los viajes al río por agua y a la selva en busca de leña y de caza, pues el marido está impedido; el padre, acostado recibe las visitas y los regalos de sus parientes y amigos y ayuna por ocho días, al cabo de los cuales, si la criatura es varón, hace un arco de flechas que coloca en uno de los extremos de la red y en el otro ata un puñado de hierbas machacadas, ceremonia cuyo objeto es recordar que el hijo tiene que matar y que comer. Después quebranta la dieta tomando la chicha con los compañeros de la tribu.

Don Luis Pericot (español) al hablar de esta raza o familia, dice que eran antropófagos, que se comían los cuerpos de los vencidos y que sus cabezas se guardaban como trofeos, mientras que con los dientes se hacían collares.

No enterraban los cadáveres: los entierros los hacían de los huesos ya limpios y pintados de rojo para que el espíritu del difunto no les causara daño.

Son aficionados a las fiestas y juegos de destreza, que a veces tienen el carácter de prueba de virilidad; consisten estos en carreras y danzas llevando sobre los hombros un pesado tronco. No creen en divinidades superiores, pero si en muchos mitos.

TAPUYOS. — Los *ges* eran llamados tapuyas por sus vecinos y todavía les dan este nombre algunos etnógrafos; pero hoy se conoce con la denominación de *tapuyas* una tribu homogénea que habita de la boca del rio Madeira para abajo a todo lo largo del Amazonas, formada por la fusión de las distintas razas indias; habla la lingua geral (lengua general) que es una mezcla del antiguo idioma tupi con el portugués. Cada día va perdiendo más sus características étnicas por su fusión constante con negros y blancos, va desapareciendo su afición primitiva a la caza y a la pesca y empieza a dedicarse a la agricultura y a la ganadería, pero todavía, a pesar de pronunciadas diferencias de individuo a individuo, sobresale en estos indígenas una característica singular, reveladora de una misma procedencia étnica, que casi lo identificaba con su remoto origen ancestral, origen que puede ser mongólico o malayo, según Alfredo Ladislau.

En sus míseras barracas, armadas con media docena de palos y unas pocas pajas, viven en

---

[13] «Tratado da térra e gente do Brasil» y «Diálogos das grandezas do Brasil».

puñados de escombros humanos que parece se diluyeran con el terreno que pisan.

Lingüística.

Se calcula en mil el número de dialectos o idiomas que se hablan en la cuenca amazónica; según el doctor Pericot, son cien las familias lingüísticas o lenguas madres del Amazonas, de cada una de las cuales se han derivado a su vez, entre las tribus de una misma familia, idiomas distintos, del mismo modo que del latín se derivaron muchas lenguas romances, distintísimas unas de otras. Esta gran diversidad se explica en parte por el fraccionamiento y aislamiento de las tribus y por las condiciones geográficas de los territorios. Rivet reduce a 75 las familias lingüisticas de Suramérica y Alencar Fernándes, autor de una «gramática tupí» las reduce todas a una sola: la nheengatú, geral o brasílica. Muller las distribuye en 28 grupos.

Los etnólogos alemanes encuentran una gran fuente de estudio para la clasificación de las razas en la lingüística: por la fijación exacta de la estructura gramatical y por la comparación de vocabularios, sobre todo por medio de los nombres relativos al cuerpo humano conservados por las diferentes tribus y que permiten la fijación de los prefijos prenominales; por los nombres usados para significar los diferentes grados de parentesco y por los de los fenómenos naturales.

De este estudio resultan las afinidades existentes entre las varias lenguas y su evolución y de él se deduce tanto el principio y la dispersión de los grupos primitivos, como su reconstitución posterior.

Las lenguas andinas no eran conocidas antes en la parte baja; no se encontró en ninguna tribu el quechua, el aimará ni ninguna de las lenguas del grupo chibcha: sólo hablaban el aruaco, el caribe y el guaraní. La lengua tupi-guarani ha sido la más estudiada por los lingüistas, ya que de ella se conocen los informes más antiguos y los vocabularios y gramáticas de los Jesuítas y de otros misioneros (la primera gramática fue la del padre Anchieta); el tupi antiguo se llamó abaneenga, como el moderno se llama neengatú.

Pero lo que sí es evidente es la peculiaridad de las lenguas y dialectos americanos, que se realza en las tribus del Amazonas; de que a pesar de su gran diversidad y del escaso desarrollo del género gramatical, diferencian de preferencia lo animado de lo inanimado, lo mismo que resalta en ellas el polisintetismo que expresa toda una sentencia o frase en una sola palabra, lo que no sucede en las lenguas primitivas europeas y asiáticas.

El amazonense.

Hemos descrito a la ligera esas cuatro razas o grandes familias etnológicas autóctonas de la hoya amazónica, de cuyas tribus derivadas hablaremos en su respectivo lugar. El mundo amazónico no pertenece todavía a los habitantes actuales, en cuyo número se encuentra esa gran cantidad de tribus indígenas inconciliables y en las cuales predomina la extenuación de varias razas en agonía.

Pero ya que estamos dando a conocer esta maravillosa hoya, creemos necesario decir algo

más del hombre amazonense en general[14], del indio semicivilizado, de aquel cuya sangre está ya muy mezclada, y del colono o del nativo que ve el viajero más frecuentemente a su paso por las aguas del soberbio río o de uno de sus innumerables afluentes.

Muy de cuando en cuando se divisa la pobre y misérrima casita en donde vive una familia en su pequeña chacra o estancia que con sus escasos cultivos de yuca y de plátano asoma entre la espesura y se comunica al río por un camino terroso sobre el barranco, a cuyo pie está el puerto con una o más canoas amarradas. Y por el centro de la floresta el viajero puede andar días y semanas enteras sin encontrar una habitación: todo es desierto y sólo la selva secular y gigantesca se ofrece a la vista.

El hombre amazonense, que se vuelve más primitivo, vive en humildes barracas de cañas y paja, mísera habitación rodeada dejos residuos de los animales usados en sus comidas y huesos aún frescos con restos de fibras adherentes, que establecen y crean en el recinto de cada terreno, dentro del ámbito de cada chacra, una atmósfera pútrida y pestilente, como preparada para envenenar a sus moradores, que así permanecen sumergidos dentro de un lugar infecto e inmundo, entre exhalaciones putrefactas y miasmas de un olor intolerable. Y con todo esto, esos hombres se aclimatan respirando un ambiente que no produce más epidemias, gracias al clima muy caliente y húmedo, siempre ventilado por continuas y eternas brisas que se encargan quizá de la destrucción de los microbios. Es indudable la íntima dependencia entre el ambiente físico del territorio habitado por un pueblo y su cultura; todos los fenómenos de la naturaleza, pasando al través de la inteligencia humana, ejercen influencia sobre los actos del hombre, aunque no definitiva y menos única. Por eso tal vez el blanco vive en ese estado semisalvaje, comiendo peces y enormes cuadrúpedos, y en la actualidad sólo representa a los continuadores de los indios civilizados.

Por falta de concurso de la vida social, que no pasa de simples relaciones rústicas, difícilmente pueden vivir para el perfeccionamiento de sus ideas y sus métodos de vida, hábitos y costumbres se adaptan completamente a los caprichos de la naturaleza que los rodea y como último recuerdo de usos primitivos de los aborígenes; es de considerar así, hombres que, en pleno siglo de las luces, parecen poco distanciados de la edad de piedra.

Cazando y pescando los animales de que se alimentan, especialmente la danta y los puercos, venados y aves, paiches y vacas marinas, tortugas y taricayas, que constituyen su principal sustento, saborean las carnes ya dañadas; en las comunicaciones con el mundo civiliza do viven años enteros aislados y muchos de ellos casi Ardidos, buscando durante el día el caucho y la balata, en medio del bosque entre los espinos y las madrigueras de las fieras y donde raros son los extraños que van a compartir con ellos la intimidad sombría de su vivir cansado por la indolencia de las cosas.

---

[14] No nos referimos al natural del Estado brasileño de Amazonas, en donde hay gentes cultísimas, profesionales distinguidos y hombres que hacen honor al Brasil.

Con tal género de vida, en contacto directo con la naturaleza gigante, medio asombrados ante sus propios misterios, esos infelices lo pueden avanzar por el camino deslumbrante del progreso y se tornan más rústicos y atrasados, pues el ambiente y las costumbres impiden que entre las selvas y los hombres haya un toque de mano civilizadora, por lo cual conservan las tradiciones del indio como páginas arrancadas a la historia mutilada de nuestros primitivos antepasados.

Conocedores como ninguno de la montaña y sin rival en la caza, su rasgo psicológico más saliente es la naturalidad con que se internan en la selva espesa, que conocen y recorren con rumbo seguro aun en la oscuridad de la noche, sin caminos ni veredas y olvidando las fieras, van como si transitaran por un camino abierto y fácil en busca de su presa que hallan fácilmente; como pescadores, bogadores endurecidos en el manejo del remo, cruzan en sus canoas los imponentes ríos, lejos de los cuales viven para prevenirse de los efectos de las inundaciones y huir de mosquitos y zancudos; suben y bajan las quebradas, atraviesan los lagos y penetran en los pantanos con la desenvoltura del dominador que todo lo puede, quiere y realiza. En la pesca y en la caza es siempre el más diestro, el más activo, aquel que inspira mayor confianza por la precisión fantástica del golpe.

Obligado por los impertinentes conquistadores del caucho, el nativo aparece como el más valiente luchador y el más siniestro en la devastación de los despoblados vírgenes, pero su misión está limitada por la fragilidad de sus propias costumbres y como destinado a la vida nómade, lleva en el zig-zaguear de sus excursiones una existencia errante en la que se envilece sin haber vivido. Esclavo en esa inmensidad hecha para la libertad, está obligado a morar en el corazón aterrador de la montaña y a permanecer entre los pantanos putrefactos en busca de los siringales o cauchales que han de enriquecer al patrón; pero se siente satisfecho de sí mismo como conquistador de la selva.

La actividad del hombre amazonense consiste hoy en saber aprovechar las ofrendas que gratuitamente le brinda la selva en un asomo de esperanzas enfermizas; ignorante y atrasado se deslumbra por el Período de las grandes explotaciones y vive de sangrar árboles, devastar florestas, matar fieras y peces. Abstraído en estos quehaceres no concibe la idea de trabajar la tierra, no repone los árboles que derriba, no arrima un poco de tierra al árbol debilitado y no poda una rama inútil. Se contenta con las migajas que le ofrece la grandiosidad de esa tierra y quizá ofuscado ante su esplendor, se siente una nueva parásita que chupa la savia y mata los árboles, pues vive de la sangre blanca que le da el caucho.

Para el amazonense de hoy, cuando la explotación del caucho va acabándose, todos sus negocios tienen por base y garantía el trabajo de la salazón en el lago; éste es una providencia para él y el día que terminara ese accidente de las formaciones hidrográficas, el caboclo no resistiría; en la increíble disposición de las tendencias congénitas, el lago es su mejor elemento: en la seca con la red y en la creciente con la flecha y el arpón, se basta. Ante la invasión de las fuerzas cosmológicas y morales que lo oprimen, el amazonense se refugia en el lago. Allí satisface el estómago y la imaginación, el primero porque es su despensa y la segunda porque el lago es la sede amable de las leyendas y el escenario retirado de los peligros misteriosos.

Parece que el agua lo envileciera llevándolo a la ociosidad, más que las dimensiones infinitas del territorio y el poder violento de las selvas invencibles; en los lagos se van disolviendo lentamente los últimos trazos etnográficos de procedencia aborigen y ellos van

convirtiéndose en una lúgubre urna funeraria donde el elemento indígena deposita las últimas cenizas de una raza; porque si le ofrece alimento fácil y en abundancia, le estraga sus energías facilitándole un mórbido reposo.

Con esa vida semi-salvaje, su trabajo no puede ser repartido según sus gustos, aptitudes y circunstancias, sino únicamente de acuerdo con las costumbres de sus primitivos pobladores; su agricultura se limita a las necesidades primarias de la vida natural.

Como ser extraño al medio que lo rodea, sigue las costumbres salvajes: sube a los árboles, se sumerge en los ríos, explora la montaña y se sacrifica inútilmente.

Van a los núcleos civilizados en busca de ropas, utensilios, armas, aguardiente y baratijas, pero entonces toda la fortaleza de su perfecto organismo se abre a las enfermedades que lo atacan rápidamente y que devastan las familias, pues si son hábiles curadores de sus dolencias tradicionales, ignoran el tratamiento de las enfermedades que les son desconocidas y hacen lo contrario de lo que debían hacer.

Y como no combaten las epidemias, sufren el abandono y la flaqueza de sus organismos empobrecidos y cual seres estoicos, esperan con calma que se les abra la sepultura en el corazón de la inmensidad virgen, la que van poblando de tumbas que permanecen ignoradas, y caen vencidos en las riberas de los ríos y en el borde del barranco, sin una cruz ni un recuerdo, protegidos tan solo por la caricia de las brisas y por la limosna deslumbrante de la luz; otras veces, al correr perezoso de las aguas, descienden las frágiles embarcaciones como catafalcos errantes llevando los cuerpos sin vida, vigilados por la sombra de los espectros.

Esa es la vida y esa es la muerte del amazonense. ¿Cuáles son su personalidad y sus costumbres?

El amazonense nativo e hijo de padres nacidos en el centro de la montaña, tiene las virtudes naturales heredadas de los aborígenes, más envueltas en los vicios de sus conquistadores: sin afectaciones ni prejuicios, es abierto y franco, de actitudes correctas, desprendido y resignado, fuerte, arrojado y confiado de sí mismo; accesible y tolerante, ardiente y moderado, sonador y contemplativo, respetuoso, obediente y amante de la familia. Pero sin iniciativa, colérico, accesible al odio y vengativo en el dolor. En el dominio de las ideas es tan simple como una criatura, sin meditaciones de orden intelectual que le impresionen, fuera del medio con su grandeza deslumbrante. Sin cultura intelectual, no tiene esa idea de la nacionalidad que eleva al hombre, ignora la autoridad y la ley, carece de instrucción y para él la moralidad no existe.

Las exigencias de su vida son muy pocas, pues el monte y el rio le proporcionan cuanto necesita para su subsistencia; la yuca y el plátano son su principal alimento; preparan éste de varias maneras: verde y cocido que llaman *inguiri*, asado, *cuzasca*, maduro y desleído en agua, chapo, y este mismo fermentado durante tres días, recibe el nombre de pucusca-asua, bebida que tomada en gran cantidad embriaga. Del masato, de la chicha y de la fariña, hablaremos después.

Analfabetas en su mayoría, abandonados a su capricho, no ambicionan nada de cuanto pueda mejorar su condición; con su tambito de palmas parecen más contentos que el señor en su palacio. Nada entienden de oficios y dignidades, son tímidos, recelosos y abúlicos; en fin, gente sin empresa ni aspiraciones: el monte constituye su campo de recreo, el río su gran herencia, la mujer su único consuelo y la hamaca todo su ideal.

Durante el verano se levanta a las 4 de la mañana, prepara su café que toma con un poco de carne asada y armado de rifle y flecha y provisto de los elementos de extracción del caucho, antes de aclarar el alba se interna en la selva para herir las cortezas de los cauchos y dejar clavado el recipiente que ha de recibir la leche; así trabaja hasta la una de la tarde, hora en que regresa recogiendo la goma que le suministran un centenar de árboles, la que lleva a su casa para ahumarla, operación en que emplea unas dos horas; va luego a la quebrada más próxima, se baña, almuerza miserablemente y se interna de nuevo en las espesuras, ahora en busca de caza y de leña para el siguiente día. En invierno sólo puede dedicarse a la cacería, a la pesca y a cortar la leña para ofrecer a los barcos que navegan las aguas del rio.

El amazonense, a pesar de su rusticidad y acostumbrado al me dio de las cosas salvajes, hace de la hospitalidad una virtud: es que su alma desea compartirlo todo en una sola identificación de afectos que se hermanan. En el centro de la Amazonia quien llega a una barraca y no encuentra a su dueño, dispone de ella, comiendo, bebiendo y durmiendo a su voluntad.

El rifle es para ellos indispensable: con él anuncia cuando se pierde en el bosque dando tres disparos distanciados; con dos tiros rápidos de él da anuncio al comandante para que pare el vapor y una salva de doce tiros anuncia a los vecinos el nacimiento de un hijo. Entonces, acuden a felicitar a los padres, a tomar vino o chicha y a danzar al son de un acordeón o de una victrola los más adelantados.

Otro de los habitantes de la Amazonia que merece descripción especial es el cauchero intruso, pero para no fatigar a nuestros lectores con la descripción de tantos elementos humanos distintos y complejos, dejamos para hablar de él en el capítulo que hemos de dedicar a la extracción del caucho.

(Continuará).

Revisado por: FEPP